

D. Claudio Oliveras, Velázquez, Garrido y otros preclaros Ingenieros. Se atendían los trabajos del concurso y por las tardes se pronunciaban por estos grandes maestros conferencias en un teatro de la localidad.

Vivíamos en el piso alto de la casa, que luego quedó para Estación Enológica. Yo, como organizador de aquel tinglado, me tenía que ocupar de todo, desde lo más técnico a lo más vulgar, como el adquirir vituallas para las comidas, vajillas, servilletas, etc., etc. Y de buscar dinero para todo, pues, aun cuando había abundancia de géneros, hacía falta luz bendita para adquirirlos. El dinero, desde luego, me lo daba el Ministerio, pero había que gestionarlo, llevar cuentas, justificar y no perder ripio de todo ese tinglado administrativo, que se basa en qué los que manejan dinero del Estado son unos pollos sospechosos a los que hay que atar corto.

Para mí, aquella campaña fué agotadora y me dejó en el chasis. Recuerdo que por aquellos días se celebró en Valladolid un Congreso Cerealista, de cuyo tema octavo era yo Ponente. No pude ir a defender la Ponencia, que tuvo que leer un amigo. Apenas dormía y, pensando en que comieran los demás, yo no tenía gana de abrir la boca.

Un buen día me anuncian la llegada de los alumnos del último año de la Escuela de Ingenieros Agrónomos, que iban con sus Profesores, en plan de estudios. ¡Lo que me faltaba para el duro! Había que atender a los muchachos y a los compañeros. Se reúne el Consejo de Agrónomos y acuerdan que salga yo para Madrid, exponga la situación y que me den dinero. El Director de Agricultura, mi compañero el Sr. Vellando, se soltó el pelo y me daba lo que le pedía. No tenía en esto la menor dificultad. Salí una tarde para Madrid, y desde la estación me fuí a ver a Vellando, a quien expuse la situación y di el sablazo; encajó el golpe y me dijo que volviera al día siguiente para que me lo llevara todo arreglado.

Más contento que unas Pascuas, me fuí a un acreditado restaurante, y comí por todo lo que no comía en Alcázar. Aun cuando estaba reventando, no era cosa de acostarse después de aquella cena pantagruélica, y me fuí al Eslava, donde representaban una función que tenía gran éxito y de cuyo nombre no me acuerdo.

No había butacas, y tuve que conformarme con una delantera de anfiteatro en el centro. Como en este teatro el anfiteatro está tan bajito, se ve el escenario muy bien, pudiendo entablar conversación con cualquiera que esté en el patio de butacas.

Una de las escenas más celebradas era la siguiente: El primer actor representaba a un pardillo de pueblo, y vestido con traje de pana, una chaqueta muy corta, faja y alpargatas, ocupaba una butaca de patio, hacia el centro de la sala. En el escenario, otros actores representaban personas del pueblo, y entre ellas, el Secretario del Ayuntamiento, quien descubre a un paisano y amigo, en el patio de butacas y entablan un diálogo, en verdad saladísimo, y todo a base de mrcilleo.

—¡Mirar, mirar hay en una butaca: el tío Nemesio! ¿Cuándo ha venido usted de la majá?

—Pues antier; me ijieron que echábais unas junciones de aficionados de muchisma risa, y me dije, digo: ¡Habrà que dil a vel eso! Y aquí estoy, por cierto retorciéndome.

—De risa, ¿eh?